

EL BLOQUEO A LA REBELION

Por el Capitán de Navío L. HERNANDEZ ACEVES.

"Para la Revista del Ejército y de la Marina."



El día 20 de abril de 1924 estaba lista en Puerto México la escuadrilla que bloquearía la costa ocupada por la rebelión, de Tonalá a Laguna del Carmen.

Del éxito de esa expedición debía surgir la Armada Nacional tremolando la bandera de la lealtad que por un capricho del azar había sido arriada ignominiosamente en las unidades navales, las mismas que ahora, dóciles a la voluntad del Jefe Supremo del Ejército y Armada, se lanzaban a conquistar un puesto de honor en la lucha por la paz de la República.

También debía resultar de aquel crucero de bloqueo, el aniquilamiento moral de la infidencia; la zona en que operaba, sin otras comunicaciones por donde recibir pertrechos de boca y guerra que la costa, al ser bloqueada se le oprimía con un cerco de hierro que los aislaba del filibusterismo y que después del tiempo lo convertiría en cincho, para triturar sus cabezas hasta hacerlas concebir el pánico, quizá con más apremio que la rebelión que idearon.

Sin los entusiasmos que infunden ánimo, sin los sobresaltos que inspiran pavor (ni optimismo y pesimismo), y sólo con la conciencia tranquila del que va a cumplir con un deber sagrado, a las 2 horas de ese día zarpó la Escuadrilla del bloqueo, compuesta del cañonero "Agua Prieta" y de los guardacostas "Tampico" y "Covarrubias," al mando del ciudadano Comodoro Eduardo Oliver González.

Aquellos buques que la rebelión acumuló con designios de oprobio y de vergüenza se hacían a la mar tripulados por gente bisoña, reclutados entre los miembros de la Confederación Obrera, que sintió el profundo dolor de la herida que tan arteramente asestaba la infiden-

cia a la dignidad nacional, cuando desgarraba la bandera, símbolo de honor y patriotismo.

Las tripulaciones no eran puñados de valientes, según frase consagrada para estos casos, eran simplemente algunos hombres de buena fe que sin enconos y sin odios políticos concurrían a la buena obra: sostener el principio de autoridad, que salvaría nuestras instituciones. Y así fué como estos tres buques rendidos, servían ahora al mando, el primero, o sea el "Agua Prieta," del que suscribe, el "Tampico," con el joven David Fernández, Primer Teniente, y el "Covarrubias," con otro muchacho, el Subteniente Ignacio Ríos, miembros de la Marina de Guerra ya desaparecida, no en la lucha contra los elementos, tampoco en cumplimiento del deber, sino bajo el conjuro del anatema del mundo civilizado.

Fué una odisea. Los buques rendidos habían estado en una actividad ficticia durante el tiempo que sirvieron a la rebelión; con las máquinas dispuestas para la campaña (?), habían deteriorado prematuramente calderas y aparatos auxiliares, al grado de dejarlos casi inútiles; al entregarlos, sólo eran ruinas que revelaban la acción destructora de aquel puñado de individuos que los lanzó a la aventura.

El Jefe Supremo de la Armada previó un probable desastre, en caso de combate, y por eso el viejo marino Rodríguez Malpica ordenó no llevar a cabo operaciones de guerra, pues que la misión del personal era la de conservar a toda costa en su poder los buques confiados a su lealtad y patriotismo.

Se advertía prudentemente a los Comandantes que la rebelión contaba con elementos de combate en Frontera, aquellas instrucciones para el crucero de blo-

queo eran los consejos sanos para que con precaución evitáramos el desastre que impediría volver con la bandera de la lealtad y para formar en la lista de presentes ante la Nación, ante el mundo entero, cuando la patria y la historia llamase a sus buenos hijos.

Para cumplir la misión encomendada de bloqueo se hizo rumbo al Este, a la vista de la costa corrida por estribor, se ordenó por el Comandante en Jefe al guardacostas "Covarrubias," arrumbar para la barra de Santa Ana y bloquear hasta la de Tonalá: el "Tampico" siguió las aguas del "Agua Prieta," hasta el día 21 al amanecer, que puso proa a Laguna del Carmen, para bloquear ese puerto y esperar órdenes. Las costas permanecen sin luces. El "Agua Prieta" continúa barajando la costa en demanda del puerto de Frontera, base de las operaciones rebeldes.

Eran las once de la mañana cuando el serviola avistó el humo de un vapor, muy cerca de la barra; dos horas después teníamos a la vista tres buques de porte superior al "Agua Prieta," y a las tres de la tarde se navegaba en demanda de aquéllos, en actitud de prudente expectación. Para evitar la nerviosidad innata en casos como el que afrontábamos, con resolución serena se ordenó, desde el puente del "Agua Prieta," con el toque de trompeta, zafarrancho de combate, teniendo en frente los buques antes mencionados.

La improvisada dotación de marineros del cañonero acudió a sus puestos de combate tranquilamente cubriendo los tres cañones de la batería de proa y el de caza a popa y un trozo de abordaje integrado por marineros, criados y fogoneeros, éstos últimos de los que no estaban en servicio en calderas, después de ruda faena de la máquina, al ardor y entusiasmo del combate.

Las breves y lacónicas órdenes del Comandante en Jefe, se escuchaban en aquel silencio religioso, en las tranquilas aguas del seno mexicano, como oficiando a una divinidad (la Patria), a la que ese puñado de hombres de buena fe ofrendaba su vida y sus más caros afectos....

Seguros ya de la presencia de ánimo de

los improvisados artilleros y fusileros, se ordenó izar la señal inteligencia para ponerse al habla, por medio del Código Internacional, con aquellos buques filibusteros cuya nacionalidad se desconocía y que pudieran asumir actitud agresiva; en seguida se izó la señal (que se presenten a bordo los Capitanes). ¡Esa señal fué la primera manifestación que hacía el "Agua Prieta," después de operar con la rebelión, para imponer la ley y el derecho a los traficantes al servicio de la infidencia!

Fué preciso aproximarse más y confirmar la señal con un cañonazo, para que aquellos buques izaran su bandera.

La potente voz del cañón convenció a aquellas gentes, vimos ondear en los mástiles los pabellones americano, noruego y hondureño, en los vapores "Gastón," "Star" y "Cabo Ortegat." El "Cabo Ortegat," levó anclas y con toda fuerza de máquina, hacía rumbo hacia el Este, muy cerca de la costa y por la zona donde sembraron minas los rebeldes.

Y vimos también sobre la playa, al abrigo de una choza y debajo de unas palmeras, una enorme boca de cañón pintada de negro que ávida de destrucción seguía con su puntería la lenta marcha del "Agua Prieta," maniobrando entre bajos a la vista del enemigo.... Era un gran tronco de coco.... "Camouflage." La huída de sus "artilleros," al oír nuestro tiro de salva nos reveló la presencia de aquel "cañón fantasma."

Después, de aquellas naves brotaban hombres que precipitadamente buscaban un refugio en la playa y en el monte, en débiles lanchas que hicieron varios viajes... El cañonero "Agua Prieta," zarpó de Puerto México en demanda de los fueros de la ley y el honor, hubiera sido un crimen de lesa humanidad cañonear al enemigo indefenso. Su escuadrilla no acudió al reto, seguía en puerto, abandonando a sus filibusteros, y por aquella vez la voz potente del cañón había proclamado ante el mundo, que al conformar la señal del Código Internacional en la República, imperaba aún la ley.

De la actitud expectante del principio pasamos a la contemplativa; a poca máquina, con aparente precaución, pues

nuestras máquinas desarrollaban una velocidad máxima de tres millas, permanecimos a la vista de aquel cuadro de pavor, hasta que obscureció. Bien entrada la noche, la prudencia más rudimentaria aconsejaba alejarse de la base de operaciones rebeldes, su escuadrilla posiblemente intentaría una sorpresa y era también probable que los filibusteros cooperaran con ella. Con proa a la mar navegamos toda la noche; un viento frescachón del Sureste, y mar gruesa del viento nos hacía perder enteramente la poca energía de las máquinas. Sobre cubierta, en zafarrancho de combate, esperábamos el abordaje de la escuadrilla rebelde. Fué preciso volver a la base de operaciones para terminar la nueva obra.

El día 22, a 00 horas (a mediodía en punto), el "Agua Prieta" simulaba aproar a las escolleras, en demanda del puerto de Frontera, por el canal de la Barra; cuando las embarcaciones y la sonda nos indicaron que la situación del buque estaba a 800 metros de la playa y que ya el fondo no permitía al calado del cañonero seguir adelante, surgió un buque rebelde, después otros tres. Simultáneamente dieron avance... se iniciaba el combate decisivo; viramos lentamente para alejarlos de la playa, para atraer a la escuadrilla y para salvar el bajo que nos impedía maniobrar sobre estribor. El cañón de retirada, a la voz de mando entró en combate, disparando, y luego toda la batería de proa batía a la escuadrilla rebelde en retirada: también ella se refugiaba a los recodos del río y entre las malezas del monte, perdiéndose de vista en los canales.

Dos barcos filibusteros presenciaron aquella farsa, habían fondeado la disposición prohibitiva, para comunicar con puertos sustraídos al Supremo Gobierno. Se les hizo la señal "hágase a la mar inmediatamente" y débilmente levaron anclas y se pusieron en marcha.

Se les abordó para prevenirles de viva voz que no deberían regresar a aquel puerto, hasta que estuviera a libre tráfico y dimos por terminada la jornada de ese día. Andábamos a tres millas de las escolleras para observar las posibles maniobras de la escuadrilla rebelde. A las

cinco de la tarde dos lanchas fueron a comunicar por la playa, frente al faro y después éste izó la señal C. X. M., que quiere decir "el enemigo ha abandonado."

Al obscurecer, y con luces apagadas, nos hicimos a la mar rumbo a la isla del Carmen. A las nueve de la noche vimos por Br. una luz blanca, posiblemente se nos perseguía, pero seguimos sin novedad hasta las cuatro de la mañana, que comunicamos con el guardacostas "Tampico" fondeado en Laguna, para bloquear aquel puerto. Hasta ahí nos ordenaban las instrucciones la vigilancia.

Habíamos llegado al límite de la zona rebelde con la bandera de la lealtad que ondeaba, tal vez satisfecha, de abrigar en sus pliegues los fueros de la ley y del honor, que aquel viejo cañonero supo conquistar para la Patria, con un puñado de improvisados combatientes.

Había que regresar a Puerto México para dar cuenta de la comisión que a nombre del ciudadano Presidente de la República se había confiado a nuestra lealtad y patriotismo; esta era la segunda etapa de aquella odisea; la cansada máquina daba avance, solamente impulsada por la inmensa voluntad de cumplir que aquellos maquinistas y dotación demostraban. El día 23 fué preciso hacer reparaciones de urgencia; por la noche, a las diez y media, tuvimos que levar, para buscar abrigo en Seybaplaya; un viento duro del Norte amenazaba la seguridad del barco en el fondeadero de Laguna del Carmen. También ahí se impuso la presencia de nuestro buque, la ciudad sin luces, revelaba la sumisión de la infidencia, a la cruzada por la paz....

Amainó el tiempo, y era apremiante el regreso y la emprendimos rumbo a Frontera, adonde recalamos a las ocho de la noche a seis millas por el través. De nuestra actitud expectante y contemplativa pasamos a la angustia: fué una verdadera angustia, la noche del 25 de nueve a dos de la mañana, cuando al través de Frontera, avistamos un buque, que al notar nuestra presencia apagó sus luces..... por la mura de Br., entre la costa y nosotros; media hora después estábamos rodeados. Por el través de Br., a regular distancia, demoraba una luz

blanca y por la aleta de Er., también aparecía con intermitencias otra luz que pugnaba, como las demás, por permanecer oculta.....

Esta vez, en las ya tranquilas aguas del océano, se esbozaba un posible drama; el cielo cubierto de nubarrones con amenazadora tempestad, protegía el "Agua Prieta" que se había quedado al garete, con las máquinas paradas, sólo contaba con la obscuridad de aquella noche para imponerse a la sagacidad del último recurso con que intentaba sorprendernos la escuadrilla enemiga. A las dos de la mañana se desgarraron aquellos nubarrones e instantáneamente se hizo la luz; la luna derramaba sus rayos de palidez y tristeza en aquel mar donde los buques fantasmas se habían esfumado en el fondo tempestuoso del horizonte. El "Agua

Prieta" dió avante proa a tierra, para vigilar el resto de la costa, al final de su crucero de bloqueo y volver al puerto de salida.

Después se supo que los buques fantasmas eran los enemigos que hacían viaje a Laguna del Carmen, y en vista del bloqueo decidieron regresar a su base de Frontera, ayudados por la obscuridad de la noche.

Arribó a su apostadero el "Agua Prieta" con la bandera de combate en su puesto, y en el trinquete la insignia. Al conjuro de la lealtad y el patriotismo, el anatema había quedado en el fondo del océano, en la lejanía del horizonte, para someterse mansamente al juicio piadoso de la historia.

México, D. F., enero 4 de 1925.



SECRETARIA DE MARINA
OFICINA DE HISTORIA
Y CULTURA NAVAL
BIBLIOTECA GENERAL